

De lo decible. Entre semiótica y filosofía: Peirce, Gramsci, Wittgenstein



Mancuso Hugo R.

Lugar: Buenos Aires

Editorial: Sb (colección Semiosis)

Páginas: 383

ISBN: 978-987-1256-77-8

Noviembre 2010

Por JOSÉ EMILIO BURUCÚA*

Creo que este libro se inscribe en un empeño de Hugo Mancuso que viene de lejos; y consiste en presentar al gran público, es decir a un público que va más allá de la especialización en semiótica o lingüística, las figuras de grandes maestros no sólo de esas disciplinas sino del pensamiento filosófico vinculado con el pensamiento filológico y lingüístico del siglo XX, en un sentido muy amplio.

Recuerdo en tal sentido otro texto iluminador de Mancuso, sobre Michail Bachtin publicado por Paidós en 2005 (*Palabra viva. Teoría textual y discursiva de Michail M. Bachtin*); aquel libro y este comparten en buena medida los métodos de estudio, de presentación de los autores y de exposición. La secuencia de cada autoridad se presenta de este modo: primero, el autor del que se trate en su contexto histórico; luego (algo básico para entender cuál ha

* Disertación en el marco de la presentación de *De lo decible. Entre semiótica y filosofía: Peirce, Gramsci, Wittgenstein*, realizada en la 38ª Feria del Libro de Buenos Aires (Ciudad de Buenos Aires, 8 de mayo de 2011, Sala Alfonsina Storni).

sido su gran aporte a la ciencia del lenguaje) el estado del arte que va a ser renovado por el autor de marras antes de su intervención en el campo; luego las nociones creadas, investigadas por la figura que se estudia en su despliegue histórico, obra por obra a veces, cuando cabe hacerlo así en homenaje al lector no especialista pero apasionado por saber; así se presenta en los casos de Bachtin y aquí de Wittgenstein o bien a partir de lo que podríamos llamar *constelaciones de conceptos* cuando la producción del personaje es dispersa y existe en *collected papers*, en *cuadernos*, etc. tales son los casos de Charles S. Peirce y Antonio Gramsci.

Semejante progresión de explicaciones y argumentos sin abandonar en ningún instante la complejidad de cada tema, se desarrolla con la claridad necesaria para ilustrar al lego y me considero eso, un lego, un forastero del campo científico aquí indagado. Este es un despliegue teórico hecho con una armonía que el lector agradece. Creo que así identifico la primera virtud enorme del libro, un acierto por el que ya estaría ampliamente justificada su escritura.

Si bien podríamos prefigurarnos toda esta organización antes de abrir el libro, digamos ahora que en el texto hay una sorpresa intrigante desde el título: ¿Qué hace Gramsci en esta serie? Creo que se trata de una operación audaz, con mucho de riesgo pero que Mancuso realiza con excelentes resultados, aun cuando deba yo criticar desde la perspectiva de un historiador (que es el oficio que vengo a representar en esta mesa y que además, *accepta* encontrarse aquí).

Paradójicamente si bien después de leer el punto 3 del capítulo VI consagrado al examen de las relaciones filogenéticas entre los tres pensadores de *De lo decible...* he de decir que conservo mis reparos respecto de la pertinencia de referirnos a una reelaboración de la semiosis de Peirce por parte de Gramsci sin que haya podido ser probada una relación positiva (soy un historiador «muy positivista»), un conocimiento directo, una referencia concreta de Gramsci a Peirce. Cosa que sí ocurre en cambio a la hora de describir los eslabones históricos entre Wittgenstein y Gramsci, pues Mancuso viene demostrando ese vínculo desde un artículo de 1995. Aunque permanezco algo perplejo por el uso de una categoría como el «espíritu de época» (es decir el *Zeitgeist* y su generalidad) –en manos de un maestro del análisis de los indicios como Mancuso no deja de ser un recurso estrafalario (si bien tiene un gran atractivo)–, encuentro precisamente en la presencia de Gramsci y de su *dictum* sobre la lucha cultural, en el sistema de la obra, no sólo la justificación primaria de mi acuerdo para formar parte de este acto sino casi una necesidad, una obligación moral y epistemológica de hacerlo.

Con el fin de que quede claro este punto, me parece suficiente citar un pasaje de Gramsci colocado como lema del capítulo tercero, que dice así: «Los análisis del contenido, la crítica de la “estructura” de las obras; es decir, de la coherencia histórico actual de las masas de sentimientos representadas

artísticamente están ligados a esta lucha cultural (...)». Hasta aquí Gramsci. ¿Qué lucha cultural? La que implica una crítica radical de nuestra civilización literaria, un combate por crear la nueva cultura emancipatoria en esta etapa, del devenir de la humanidad. ¿Podría acaso entonces un historiador cultural, que aspire a algo más a la erudición engañosa de la que habló Góngora, faltar a la cita de hoy? Creo que no.

Me permitiría entonces señalar cuales son, según mi modesto y algo excéntrico punto de vista (insisto en la excentricidad de mi presencia), los frutos de *De lo decible* que han modificado de un modo perdurable mi visión de las cosas a las que me dedico. Vale decir, que me han ayudado a problematizar cuestiones que daba por resueltas, tácitas, naturalizadas, respecto de las relaciones entre el lenguaje y los hechos. Espero que tal enumeración contribuya a que mis colegas historiadores se decidan a acometer la lectura del libro que es ardua, pero hará de nuestros métodos historiográficos una herramienta más crítica, menos simplificadora y por eso menos peligrosa a la hora de reconstruir los sentidos del pasado y tornarlos accesibles, *decibles* en el presente.

El primero de aquellos frutos es la explicación sistemática de la semiología de Peirce. Siempre aspiré a contar con un digesto en el que toda la teoría del fundador norteamericano de la disciplina apareciese clara, comunicable, útil para la praxis del análisis documental e iconográfico que practico. Aquí la tengo. Sin rubores me animo a declarar «por fin, Gastón, tenés lo que buscabas; ahora has comprendido que el signo, según Peirce, no sólo está en lugar de algo sino que redefine y traduce ese algo por su sola manifestación». Cito: «el signo es un representamen de un objeto para un interpretante». La frase ahora se nos muestra transparente. El signo alude a algo que no está por fuera del acto mismo de significar, de representar o de narrar sino que aflora dentro del proceso e insiste en su relación con quien enuncia, con quien es destinatario de la enunciación y con todo el horizonte del lenguaje. El signo estaría lógicamente después del hecho significado, sería derivado o secundario lógico respecto del evento real primario pero existencial y gnoseológicamente siempre lo precedería. Ahora captamos el aserto que la primeridad de lo real (es decir, nuestro postulado de que algo es lo que es) es una abstracción de su segundidad, es decir, de lo realmente vivido y experimentado en primera instancia por el interpretante, inmerso en el mundo que es previo a él, el que le viene dado, el de los lenguajes de la especie y de la historia. Y no sólo esto, sino que al pensar en la proyección futura de lo que decimos, caemos en la cuenta de que realizamos una operación predictiva; que enunciamos la tendencia o la ley que suponemos han de seguir los hechos y esto es el ámbito de la terceridad. Por fin entiendo de qué se trata.

Confieso que además me pongo contento cual historiador, porque deduzco (mal por apresurado) que la terceridad no nos incumbe pues la historia no es ciencia predictiva. Y respiro al hacerme la ilusión de que me saqué este peso de encima. Pero es falso. Examinemos la cuestión del oficio historiográfico y

las categorías peirceanas. Nuestra segundidad inmediata, la de los historiadores, es la lectura del documento dirigida por nuestras preguntas o la observación sensible de las representaciones del pasado. La materialidad de las cosas que consideramos (la materialidad del documento, de la obra que nos llega del pasado) nos conduce a postular con firmeza la existencia real, aunque desaparecida, de la primeridad del pasado. En este sentido la semiología de Peirce me ayuda a discutir y refutar a los posmodernos y retoricistas que no salen de la segundidad, al mismo tiempo que acepto una segundidad que sólo ha de asumir formas retóricas pero impone –debido al carácter material palpable, sensible del documento y de la cosa estética– la primeridad de lo real acontecido. En cuanto a la terceridad, es un espejismo el que los historiadores nos desembaracemos de ella. Por el contrario cuando escribimos que tales y cuales eventos del pasado se disponen en una secuencia determinada de causas, concausas, efectos y permanencias, no predecimos pero sí imponemos una legalidad a los acontecimientos de la historia; construimos una legalidad que debemos suponer necesaria, aun cuando se nos impone también como contingente en cuanto a la posibilidad de modificar el interpretante por la propia dialéctica del acontecer, rehacer las cadenas de causa-efecto y reconstruir un significado de lo acaecido; significado nunca definitivo.

En términos de Peirce y de Mancuso el conocimiento histórico es pluritópico, si bien la condición *sine qua non* de su existencia como discurso científico, veraz y racional es que no haya de aceptarse la tópica ficcional entre aquellas pluralidades características de la historiografía en cuanto ciencia. Aceptar esa tópica ficcional produciría tal vez una de las formas de lo que Peirce ha llamado (y que también explica Mancuso) terceridad degenerada.

Y aquí Hugo nos ayuda a disipar las dudas acerca de la edificación de nuestros constructos históricos al introducir con sagacidad el pensamiento gramsciano y presentar la hegemonía existente como una segundidad peirceana y la hegemonía alternativa de la revolución como una terceridad factible. ¿Y cuál sería entonces la primeridad en ese esquema? Yo creo que lo sería el núcleo duro de lo real, frente al que siempre se ha rendido –por desgracia hasta ahora– la acción histórica, la praxis concreta de la humanidad; es decir la instalación del poder de unos cuerpos sobre los otros, ambos potencialmente libres de ir y hacer lo que le da la gana pero fácticamente sujetos a la dialéctica del amo y del esclavo. Esto es, las muertes a rescatar de un dolor que no cesa a los cuales se refirió Walter Benjamin en sus *Tesis* sobre la historia. La cuestión mayor de la política, ya no de la historiografía, residiría de esta suerte en el modo en que deberíamos lograr, si acaso ello fuera posible, una terceridad futura que no deviniese terceridad degenerada y reasignación fatal del sometimiento de unos hombre por otros. Es una paradoja extrema, irrealizable quizás, imposible tal vez porque nos lanzaría desnudos e inermes hacia la imprevisibilidad del porvenir, la que plantea el esfuerzo compartido (y hablo así con palabras de Hugo Mancuso). El esfuerzo de conocidas las

terceridades de hierro y furibundas del pasado, construir y reconstruir sin bajar los brazos una terceridad inmune a las degeneraciones que detectó Peirce y que identificó Gramsci.

Acerca de Wittgenstein, permítanme con las excusas del caso, decir que aún me debato en la madeja seductora en el embrujo que ha suscitado Mancuso al atravesar los tres grandes textos del vienés, el *Tractatus Logico-Philosophicus*, las *Investigaciones Filosóficas* y *De la Certeza* con las nociones de Peirce (algo muy previsible en el marco de una lingüística teórica) y las de Gramsci (algo que únicamente el pensamiento original de Mancuso nos permite imaginar). No obstante tuve la osadía de intentar la aplicación de la idea de Wittgenstein acerca de la imposibilidad de disponer alguna vez de un lenguaje desalienado, un lenguaje que no sea ni *etic* ni *emic*, para hechar mano de la nomenclatura de Kenneth Pike, que sea una especie de lenguaje absoluto, sobre la representación de lo escondido, de lo no manifiesto en los testimonios históricos, máxime a la hora de intentar la reescritura emancipatoria de las prácticas del pasado. La comprobación de las interminables dificultades de una traducción de la multiplicidad de los lenguajes *emic* de nuestros antepasados a un lenguaje *etic* científico con pretensiones de uniformidad, no debería sumirnos en el escepticismo historiográfico. Entiendo que una incursión como las que nos propone Mancuso en *De lo Decible*, nos empuja al cumplimiento del deber, aunque sospechemos que nuestras terceridades degenerarán un día, nos impulsa a la reafirmación de nuestro compromiso con una verdad que ha existido y que existirá y que es la del escándalo que compartimos con los hombres de todos los tiempos, frente al dolor evitable de nuestros semejantes. ■

Mancuso Hugo R.
*De lo decible. Entre semiótica y filosofía:
Peirce, Gramsci y Wittgenstein*
Buenos Aires: Sb
2010

Índice abreviado

PREFACIO

EL PRIMER PROGRAMA SEMIÓTICO (1860-1940) Y LA TEORÍA CONTEMPORÁNEA DEL SUJETO

PARTE I

LA REDEFINICIÓN DEL SIGNO: CHARLES S. PEIRCE

1. INTRODUCCIÓN
2. LA CRÍTICA DE CHARLES S. PEIRCE AL PARADIGMA POSITIVISTA
3. EL PARADIGMA INDICIARIO
4. CATEGORÍAS Y ÁMBITOS DE ACCIÓN
5. LA SEMIOSIS EXTENDIDA

PARTE II

TRANSICIONES Y TRANSACCIONES DIALÉCTICAS: ANTONIO GRAMSCI

6. INTRODUCCIÓN
7. CONCEPTOS TEÓRICOS
8. LECTURA INTEGRADA DE LA CONCEPCIÓN EPISTEMOLÓGICA Y ESTÉTICA GRAMSCIANA

PARTE II

INTERREGNO BÉLICO: LUDWIG WITTGENSTEIN

9. INTRODUCCIÓN FILOLÓGICA A LA OBRA DE WITTGENSTEIN
10. LA DISYUNTIVA SEMÁNTICA EN EL *TRACTATUS LOGICO-PHILOSOPHICUS*
11. EL ESPESOR SOCIAL DEL LENGUAJE EN LAS *PHILOSOPHISCHE UNTERSUCHUNGEN*
12. *SOBRE LA CERTEZA*
13. LA CRÍTICA A LA IDEOLOGÍA DE LA CIENCIA

14. BIBLIOGRAFÍA

NOTAS

